

# JUAN MANUEL ARANDA MATA

**P**rofesor egresado de la Escuela Normal en San Marcos, maestro de español por la Escuela Normal Superior “José Santos Valdés” y maestro en Literatura Mexicana por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. También es destacado profesor del CBTris 39 y autor de varios textos como poeta y cuentista. Se ha especializado en el estudio de la obra de Juan Rulfo y le gusta que le apodenen “El Chiricahua” y “Juan Manuel Aranda Pérez Rulfo y Vizcaíno”.

## La visión de Lot

A Franke y a todos los que ahí estuvieron.

*Las tropas alemanas asedian Moscú, como desde hace dos años; la resistencia civil de los rusos se debilita peligrosamente. Rommel ha producido bajas considerables en el ejército inglés del norte de África. Europa central es sometida con brutalidad por la Wehrmacht y la Luftwaffe; en todos los frentes los mariscales se cubren de gloria para el Tercer Reich. Se sospecha que una flota de submarinos nucleares nazis se encuentra apostada en el Golfo de México; la tensión ante un ataque inminente a territorio estadounidense pone los pelos de punta a toda la región. Nuestro vecino del norte aún no le declara la guerra a Alemania. Los países del Eje navegan viento en popa hacia la conquista del planeta entero. Los Aliados todavía no entran en batalla...*

*Reportó para el gentil auditorio, la XEW, la voz de la América Latina desde México.*

—Apaga ese radio, que no me deja dormir. Mañana treparemos todo el azogue que tenemos en los peroles al camión de Petronilo y al de Albertillo muy de madrugada; ya duérmete, Franke, nos espera una chinga dura.

—¡Pero hombre, Velas! Siempre renegando de todo. La hubieras escogido de patrón y no de barretero. Desde el cuarenta le estamos sacando las tripas a Canoas y todavía con tus renegaderos.

*La XEW le da la hora: son las 7:45 de la noche.*

“En las calles de Canoas se empezaba a escapar por las ventanas de los billares, las vinaterías y los salones de baile, la música de los gramófonos y esa luz amarillenta de las lámparas de carburo y los aparatos de petróleo, anunciando la bonanza en su jugo. Cruzábamos las calles en busca de diversión para distraer el cansancio que ya traíamos cuajado en las espaldas y ese Velásquez con sus reniegos ¡de lo que se perdía!”

—Jesús, Guadalupe, David y Juan, vayan al camión de Petronilo. Franke, Velas, Concho y mi Toño, al de Albertillo. Son las cuatro y media y no nos debe agarrar el sol con los toneles en el jacalón. No se les olvide que el tren llega a Loreto a las nueve.

“Ese Güero nos trataba como sus esclavos; pero si no ha sido por él, nada habríamos ganado allá, enterrados en el cerro, todo el día, cada uno con sus ilusiones y su labor. ¡Ah, esas minas de Canoas! Cómo le dieron vida a toda esta región, en la que poco más de diez años antes nos comíamos hasta las suelas de los huaraches de pura hambre”.

—¿Cuántos toneles traer, mexicanos?

—Dieciséis en cada camión, patrón.

—Ah, Petronilo, le están flojeando mucho. La *blitzkrieg* requierre de más mercurrio. Parra la prróxima ttraigan mucho más. Redoblen esfuerzos. ¡Suban los toneles al vagón amarillo!

“Loreto era un puro llano, con la estación de tren como un chipote y lo demás puras nopaleras tupidas. Después de que todo acabó en Canoas, Petronilo puso la primera tienda y una bodega que le alquilaba a los del tren a la orilla de la vía; mientras acá ya la Normal había echado sus primeras generaciones...”.

—Pero, tú nomás oyendo, anda, tómale al pocillo, que la patada de mula quedó de media cuadra.

“En Canoas lo conocíamos por el Alemán, aunque nadie sabía sus generales ni dónde había dejado enterrado su ombligo y casi nadie lo había visto. Eso sí, él era quien le daba los centavos al Güero para que nos pagara el azogue de la semana”.

—Oye, Güero, tú que estás más leído, ¿le inteliges a las palabras raras del Alemán? ¿pa’ qué cosa necesita mucho azogue?

—¡Sepa la chingada! Ni yo le entiendo. Con que nos siga pagando bien lo de la joda diaria, que diga misa.

—Apresúrense a subir a los camiones porque hay que ir a repartir la raya y se nos acaba el sábado en el camino.

—Oye, Franke, ¿cómo les estará yendo a nuestros paisanos en la guerra? Dicen que salieron bravos. ¿Qué oyes en el radio?

—En cada noticia dice algo el presidente Ávila Camacho y siempre habla bien del Escuadrón 201 y de todos los que fueron a ayudarle a los gringos en la trifulca.

—Dejarán de ser de nuestra raza... ¡Salú!

—Ese Marcelino cada vez le pone menos mezcal y más refresco a las revolturas.

—Vamos apurándole a las últimas para dormir temprano. Mañana es día de ir a visitar a la familia y de llevar el chivo.

“Ya son como las nueve de la noche y Canoas como de día. ¡Bendito sea Dios! Era un pueblo próspero, con sus tiendas de ropa y de calzado, sus talleres y sus puestos de comida, sus billares, todo su comercio. Con decirte que estaba mejor que ahorita Loreto. Todo era muy sano, hasta que llegó esa vieja de San Luis, a quien apodábamos La Peluda, con sus muchachas, y puso el cabaret cerca de la iglesia, nos empezó a ir de la chingada. Ya no ahorrábamos y casi ni trabajábamos por estar metidos tragando vino y coqueteando con las de La Peluda, y comenzaron los préstamos con todo el que no frecuentaba ese lugar. Para acabarla de amolar, El Gallego también contrató mujeres de quién sabe dónde y puso su cabaret junto al otro; eso fue el acabose... Pero tómale, nomás me estás coyoteando; ésta quedó menos cargada, como de cuadra completa”.

—¡Qué! ¿Ya nos llegó la guerra hasta acá?

—¿Qué pasa?

—¡Corran! Acaban de tronar la veta de Moisés y la de Pánfilo. El Güero y Petronilo están avisando que subamos a las lomas, lejos del mineral.

“Aquello comenzó a encenderse y a llenarse de ruidos muy fuertes. Nomás se miraba la corredera de gente con sus itacates a lomo de burro, atravesando las calles alumbradas por las explosiones. Eran como las diez de la noche”.

—Queridos hermanos, lo que acaba de suceder en las minas de Canoas es una muestra más del poder infinito de nuestro Padre Celestial; pues, al igual que en Sodoma y Gomorra, hizo llover azufre y fuego para destruir la maldad que ahí habitaba y purificar a su pueblo.

—¡Ah! El señor curita de Asientos tan propio en sus sermones.

—Arrea más ese burro, ahorita que vamos cuesta abajo, para llegar a oír las noticias de las seis.

—Acomoda los huacales, no se vaya a tirar el bastimento.

*Acabamos de recibir un cable de que en el sureste zacatecano y en otros puntos muy discretos de nuestro país, agentes norteamericanos infiltrados descubrieron y destruyeron abastecimientos de mercurio que se embarcaban a Veracruz con rumbo a Alemania desde finales de 1939; información que les proporcionaron algunos de los encargados de los minerales...*

*Mientras tanto, el Escuadrón 201, al mando del general Antonio Cárdenas Rodríguez, sigue causando bajas en el frente del Pacífico, pues según un parte del alto mando militar de los Estados Unidos, ya son varios cientos de aviones japoneses derribados por nuestros bravos aguiluchos...*

*Informó para el respetable, la XEW, la voz de la América Latina desde México.*

—¿Tú crees que ese señorito del radio sabía más que el señor cura? ¡Cuándo! Esos a veces echan mentiras; si no los conociera. Además, su palabra no vale más que la palabra de Dios... Anda, tómale al pocillo, nomás haciéndote pendejo.

—¿Sabes?, el Güero y Petronilo siempre me dieron mala espina.

## Reclamo póstumo

*Este mundo, que lo aprieta a uno por todos lados,  
que va vaciando puños de nuestro polvo aquí y allá,  
deshaciéndonos en pedazos.*

Juan Rulfo

¿Por qué tardó tanto en volver, profesor? Con todo el aprecio que nos teníamos y me dejó solo contra ese par de abigeos de mis compadres. Con usted y la malicia siempre tan suya, no me hubieran llevado a la ruina y a ese final tan triste. Seguro Felicia mi vecina ya le contó todo.

Usted sí era gente de ley, a luego se lo noté cuando nos autorizó una carrera de caballos en el carril de Las Cochinillas que usted mandó hacer a un lado de la escuelita y sólo necesitábamos de su venia; ya traíamos atravesados a unos de El Aguaje y queríamos darles en el hocico. A todos nos pedía el cinco por ciento de la apuesta principal y yo todavía le di mil pesos más para las obras de ampliación. Con la amistad resultante de lo ya dicho, me sentía todavía más fuerte; pero nos dejó a la buena de Dios, profesor.

Algunos sábados le mandaba caballo, con todo y un rifle Winchester, para que llegara temprano al día siguiente y nos acompañara a almorzar. Luego, recorríamos cabalgando mis potreros y los animales nomás hormigueaban, según su dicho.

Andaba con usted por el puro gusto de su plática, hasta me parecía curioso, porque podría ser mi hijo y ya manejaba muy bien eso de las habladas y los trinetes, que a muchos como yo nos costó toda una vida en agarrar.

Me dio risa cuando usted y mi hijo mayor fueron a balalear a unos de La Trinidad, porque se la hicieron de pedo en un baile; mis hombres me pidieron autorización para echarles la mano, pero me negué; ustedes no necesitaban vejigas para nadar, faltaba menos.

Cuando traía el brete de cambiar su trabajo a otro pueblo algo lejos de aquí, me llené de pesar; pero no se lo demostré, eso no es de hombres. Sólo pensé que no habría más pláticas ni domingos a caballo ni carreras ni nada.

Un día se me apersonaron Augusto y Jesús a comprarme unas reses. Ya sabía de ellos y, aunque eran borrachos, mujeriegos y pendencieros, no me importó, mientras me pagaran el ganado al momento; hasta me los hice compadres. Augusto acompañó a Lupillo cuando salió de la telesecundaria y, después, Jesús a Rocío cuando acabó la primaria. Al poco tiempo ya los tenía comiendo en mi casa.

No pasó mucho cuando comenzaron a perderseme vacas y caballos, primero de a pocos, luego por docenas. El colmo fue el día de San José, en 1993. Mientras todos gozábamos la pólvora y la danza de la única fiesta grande de la región, se llevaron cerca de trescientas reses de los cerros de Santiago y otras tantas del rumbo de Santa Ana. Estaban conmigo bebiendo mezcal, ni cómo cargarles el muerto. Luego, supe que tenían una banda de arreadores en todas las rancherías, por eso no se sospechaba de ellos.

Todavía no les recelaba, pero, cuando agarraron los federales al Ratón, del pueblo de La Estrella, mi compadre Jesús se peló al Norte y mi compa Augusto desapareció de estos rumbos. Tiempo después supe que el primero había muerto del azúcar y el segundo le había pegado a la lotería, ¡pos cómo no!, con tanto animal conseguido de mis potreros.

Por todo eso me llegó el empacho con tanta bilis. Con usted no se me hubiera juntado y con unos mezcales me la desatoraría. Me acuerdo de su cantaleta: “Para todo mal: mezcal, y para todo bien, también y, si ya no hay remedio, nos chingamos litro y medio”.

Sabe Dios de dónde sacaba tanto, profesor.

Los animales que me quedaron se los repartí pronto a mis hijos. Ajustaron para comprarse casa cada uno en San Luis, Pinos, León, Zacatecas y Fresnillo.

La Felicia también ya le platicaría que se me hacía buen partido para yerno y que ella hasta consiguió unos calcetines cuando me amortajó, porque me quedé sin un centavo y en las últimas me dio por delirar. Es retereargüendera mi vecina, no le crea todo.

¿Ya vio cómo está la casa grande de la comarca? ¡En las puras ruinas!, como yo.

Sólo me quedé con mis dos dientes de oro; a ver si no viene mi compadrito y también se los lleva, así como es de alcanzado.

Por fin ya estoy acá, en donde lo espero, profesor, para ser otra vez amigos, ¿o qué?

Que en paz descanse  
Mónico MENA A.  
1912 – 1995  
de  
esposa, hijos, nietos y amigos

## Las plañideras

Eran muy temidas, hermanas y primas. Todos les huíamos cuando no queríamos que el dolor ajeno nos invadiera; cuando no disfrazábamos nuestra melancolía con la quejumbre de los otros.

Casi en cualquier velorio se aparecían. En las familias, donde había algunas diferencias, detonaban las disputas mientras se velaba al muerto, pero llegaban las plañideras con sus responsos y lloriqueos y se lavaban las afrentas con chubascos



y se derrite más arriba  
en ardientes promesas;  
tú, el viento de la tarde  
que sale galopando de mi boca  
para avivar  
en tu interior el fuego.

Abrir los ojos,  
apagar la luz del escenario  
para ir a tientas a tu encuentro  
sentir el tacto  
de tus colores boquiabiertos  
y la caricia desnuda  
en la fría oscuridad de tu recuerdo.

### **Soleá grande a José Tomás**

Ya llega José Tomás,  
con el capote y la espada,  
al ruedo con su cuadrilla;  
lleva por delante el alma.

**¡Vamos,  
detened la fiesta brava!**

En esa tarde alevosa,  
la Monumental clamaba  
la gloria para el gran diestro  
y apéndices del de Garfias.

**¡Vamos,  
detened la fiesta brava!**

Pero salió “Navegante”  
a regresar estocadas,  
venciendo a José Tomás,  
a quien le sangraba el alma.

**¡Vamos,**  
**detened la fiesta brava!**  
Sabina con desconcierto,  
pedía desde su butaca  
por el de Galapagar  
y por su España sangrada.  
**¡Vamos,**  
**detened la fiesta brava!**

### **Soleá a mi tierra**

Tierra estéril,  
tierra huraña,  
de atardeceres  
escarlata.

(Viento en el mezquital  
y en la enramada).

Tierra yerma  
del cantar  
de la pena.  
Tierra  
de las termales albercas.

Tierra  
de la Muerte ataviada  
y de las ofrendas.

(Viento por los senderos,  
sopor en las alamedas).

### **Barrio del Encino**

El campo  
de los granados

se abre y se cierra  
como un abanico.  
Sobre el granadal  
hay un cielo nublado  
y abajo una lluvia roja  
de rubíes desgranados.  
Tiembla  
el castizo Barrio  
a las orillas  
del arroyo largo.  
Se encrespa el aire gris;  
los árboles están cargados  
de fruta roja  
y de pájaros.  
Ahí se anida la pena  
y el gusto de los veranos.  
En Triana sigue latiendo  
la herencia de los gitanos.